

El encuentro de la final de Copa celebrado ayer entre el Athletic y el Barça no solo arrastró a ambas aficiones sino que atrajo un interés inusitado en el resto de España debido, sin duda, a la simpatía que despiertan ambos equipos y, especialmente, al fútbol que han venido desarrollando. El lado más amable de la competición forma parte de la convivencia en el disfrute. A ella pertenecen también los sentimientos heredados de cuando no había televisión, ni libertad, ni dinero. Pero el fútbol y cada uno de sus equipos representan también excesos, áreas reservadas, falacias y pasiones fáciles de manipular aunque sea durante unos minutos.

Esperanza Aguirre se ofreció como espejo reactivo de esas emociones advirtiéndole de que ayer en el Calderón podría cometerse un delito de injurias en masa, algo que la Fiscalía no pudo siquiera imaginar. Su provocación resultó útil porque permitía justificar casi todo. Mestalla, en 2009, estaba en la periferia del sistema con Rey y todo. Madrid podía verse desbordada por una marea procedente de los dos costados que amenazan la integridad centralista. Pero el transcurso de la semana aplicó una terapia festiva que devolvió las aguas a lo esperado. Aunque en el aire quedaron dos palabras

KEPA AULESTIA

POBRE ALBEDRÍO

La inocencia del aficionado brinda una identidad blanda sobre la que periódicamente algunos se obstinan en levantar muros infranqueables



manoseadas en la diatriba: libertad y política.

No hay aserto más recurrente que ese de que no conviene mezclar fútbol con política. En este caso todo el mundo se aferró a la máxima: jugadores, políticos y comentaristas. Sin embargo el fútbol es política permanente, por acción y por omisión; y así lo viven las directivas, los jugadores y buena parte de los seguidores. Los silencios del fútbol están cargados de política, porque nunca es el momento de la crítica o, sencillamente, de la verdad. Unas veces porque la victoria se convierte en hazaña colectiva, otras porque la derrota conduce a un prolongado duelo. La rentabilidad social del juego está a salvo de cualquier evaluación coste-beneficio, gracias a que el

péndulo que oscila entre la gloria y la derrota sirve para la hipnosis. Política es sublimar la afición incondicional que hace suyo un mal día o toda una temporada desastrosa. O la abusiva utilización de la primera persona del plural al referirse al resultado obtenido o al objetivo que se persigue. Política es que nadie ose comentar nada tras el explícito apoyo de Bielsa a la nacionalización de YPF. Como lo es descubrir en torno a un balón virtudes morales capaces de aleccionar a los ciudadanos.

Se hace política cuando se alientan emociones por parte de quienes son incapaces de canalizar sus efectos. Y sobre todo cuando la minoría se adueña de la mayoría hasta someterla a su interpretación de la obra que

unos de corto representan sobre el césped. El silencio por la muerte de Cabacas resultó atroz frente a la sensible insensibilidad con la que San Mamés había soslayado tantos asesinatos durante tantos años. Política es que solo pueda hacerse una política, la identitaria y la que no incomode a quienes se consideran guardianes de esa identidad. Política es buscar fuera de la política lo que ésta no concede.

El mensaje de fondo que ha escrito la semana es que nada puede incomodar a la hinchada puesto que la expresión de sus pasiones constituye una manifestación de libre albedrío. Cuando menos habría que precisar que se trata de la variante más pobre de la libertad. Curioso molde de participación política el que ofrecen la interpretación del himno español y la presencia del Príncipe en el palco como ocasión para salir pitando. Guardiola deslizando, lacónico, que no es muy partidario del pecado. Su presidente dando carta de naturaleza al silbido identitario.

No es fácil discernir en qué momento la simpatía se torna identidad, y cuándo ésta se vuelve exclusiva e incluso sectaria. No es fácil imaginar qué sienten los integrantes de las peñas del Athletic dispersas por España; más sencillo es percibir entre los seguidores con los que el Athletic cuenta en el Goierri guipuz-

coano la identificación con un símbolo que durante décadas funcionó a falta de otro más próximo. Pero la unanimidad que se respira estos días en las calles de Bilbao y en Bizkaia, recalentada por el viento sur, no debería reducirse a tan mínima expresión de identidad. El único eslabón que puede conciliar la racionalidad con los sentimientos es la moderación; y toda manifestación inmoderada de las pasiones alimenta la radicalidad, aunque sea en su versión más melancólica.

Cuando los representantes públicos se ponen la camiseta para algo más que para recordar sus sueños infantiles acaban solapando sus aspiraciones y sus frustraciones políticas. Hay quien se cree más del Athletic que nadie esforzándose en ser solo del Athletic. Hay quien estos días se ha visto en dificultades por sentirse solo un poco del Athletic. Como quien descubrió de improviso que era del Athletic viendo el partido de Old Trafford. Pero ser del Athletic y algo más no es lo mismo que pretender que el Athletic sea algo más que el Athletic. La candorosa inocencia del aficionado brinda una identidad blanda y amable sobre la que periódicamente algunos se obstinan en construir castillos con muros infranqueables. Eso es política y no un sinónimo de libertad.